

Apostilla a “Literatura: Creación y Crítica”



En su primer número de esta década que da cima y término al siglo, la revista *Universidad de México* procuró “un análisis de la crítica literaria mexicana que se ha practicado a través del tiempo y la que en el momento actual se encuentra en marcha”. De la segunda se ocupa, principalmente, la encuesta “Literatura: Creación y Crítica”, parte central de una serie de artículos guiados por aquel propósito. En ella participan con sus respuestas veinticinco críticos pertenecientes a distintas generaciones y a diversos ámbitos del ejercicio literario. El cuestionario solicita al escritor un doble examen: el de la crítica literaria mexicana de los años recientes y el de sí mismo como crítico. Pero al lector común le parecerá evidente que al primero –objetivo, sujeto al conocimiento del tema– sólo se aportaron luces en la medida en que fue posible el segundo –subjetivo, dependiente de la experiencia de la disciplina–; después de ser analizada y discutida, la crítica literaria es todavía un terreno difuso y escasamente explorado, objeto de confusiones conceptuales de toda suerte, mientras la conciencia manifiesta del crítico sobre los móviles y la tendencia de su actividad personal, agregada a la de otros hasta componer un conjunto, ofrece un principio de utilidad mayor para un acercamiento objetivo a la crítica actual: la subjetividad del crítico alimenta nuestra objetividad como lectores.

¿Qué revelan acerca de la actual crítica literaria mexicana las concepciones que tiene de su trabajo un grupo de críticos? En primer lugar, la persistencia de una generalizada actitud hacia la crítica que Juan García Ponce expresa con estas palabras: “Siempre ha habido buena crítica literaria en México por la sencilla razón de que los auténticos críticos son escrito-

res y no tienen métodos... no hay métodos infalibles. Hay buenos escritores. Uno trata de imponer sus creencias de acuerdo con su poder estético...” El crítico en México ha confiado, en efecto, más en su poder estético –imaginación, intuición, gusto, cultura, buen estilo– que en la teoría, el análisis metódico y la lectura sistemática. Con mayor agudeza que en otras literaturas, en la mexicana se ha concebido a la crítica como una manifestación más de la literatura, como una disciplina artística: un conocimiento, en cualquier caso, que asume un origen, una actitud y una forma análogos a los de la creación.

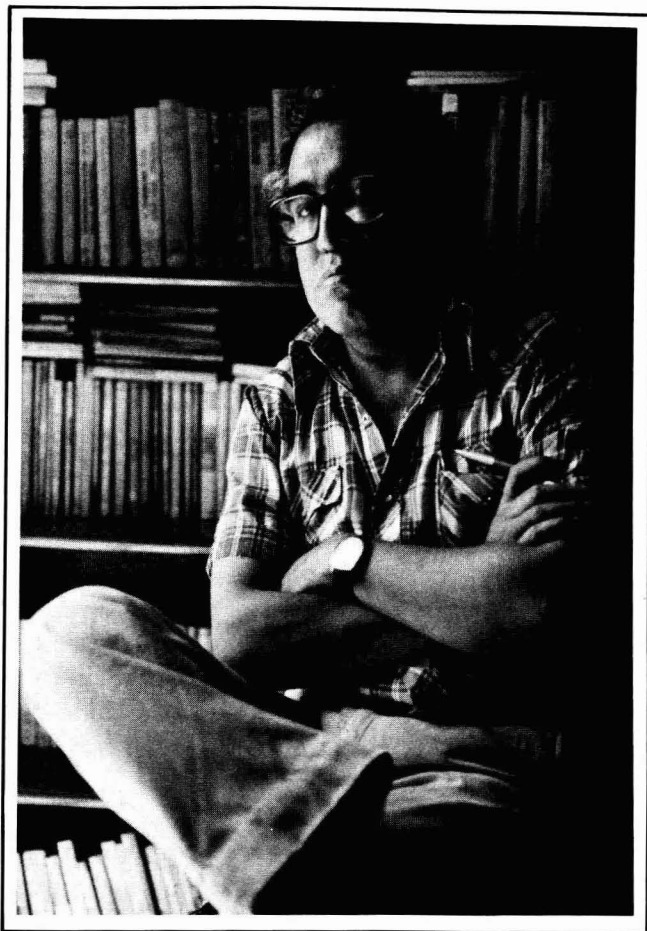
Una palabra, repetida una y otra vez, resume esta ética del crítico en la encuesta: eclecticismo. Los críticos rehusan una orientación definida, un método o un estilo y, cuando no se pronuncian abiertamente contra los métodos, declaran su adhesión a la mezcla circunstancial de procedimiento y maneras que conformen un enfoque integral, ideal, o bien se inclinan por una lectura dictada o impuesta por las particularidades de cada obra literaria. Dos excepciones: Helena Beristáin, quien inscribe su trabajo en el ámbito de la semiótica, fundada en el método de análisis estructural, y Sara Sefchovich, empeñada en la crítica sociológica de la novela mexicana. Hay quienes reconocen un interés particular en su lectura –la especificidad de lo literario, la relación autor-obra, el contenido conceptual, las relaciones entre la literatura y el medio cultural–, pero no hacen de ese interés un límite o el principio teórico de un método. En el otro extremo, no faltan defensas del impresionismo, “irresponsable” o apoyado en una subjetividad asumida y profundizada.

Eclecticismo o impresionismo: afirmación de la ubicuidad,

de la libertad ante el texto literario y ante cualquier teoría o visión general de las cosas, de la individualidad de toda lectura y de la posibilidad de explorar y descubrir. Sus tentaciones y peligros: la incoherencia, el balbuceo continuo del sentido común, la aridez del monólogo, la superficialidad de las anécdotas y el disfraz de ideas y conocimientos puesto a las opiniones. Si esta noción de la crítica ha producido en México brillantes ensayistas y obras críticas originales de no menor calidad que las escritas en el seno de otras literaturas, también ha sido razón de una crítica estancada en un positivismo inconsciente y precario y en la expresión banal del gusto, incapaces ambos de renovar la visión de la literatura mexicana.

La aversión en nuestro medio a los métodos críticos encubre no sólo una inclinación de largo arraigo en la literatura mexicana sino también la ausencia de una tradición teórica, que Sara Sefchovich analiza así: "De lo que carecemos completamente es de teorización. Los críticos hacen sus análisis con base en su intuición y su mayor o menor cultura personal o bien a partir de teorías y metodologías importadas que se aplican tal cual sin ninguna revisión ni adaptación. La teoría es importante para permitirnos salvar los escollos de ver la literatura como hasta hoy lo hemos hecho y abrirnos a nuevas posibilidades". ¿Cabe completar el aserto de García Ponce en este sentido: "Los auténticos críticos son escritores y no tienen métodos... ni teorías"? No, si atendemos a la razón que habita esta observación de Bertha Aceves: "...detrás de todo discurso crítico siempre está (subyacente) como sustento, otro teórico..." Una historia de las teorías literarias en México hallará abundante alimento en las nociones, los valores, los juicios y los criterios implícitos en la multitud de textos críticos sobre obras y autores que desde el siglo XVIII ha acompañado la producción de la literatura mexicana. Pero esta "poética" inseparable de la escritura crítica tanto como de la literaria pertenece a un orden distinto del de la teoría literaria propiamente dicha. Y de ésta, en México, ha habido escasa conciencia.

A la crítica mexicana ha faltado el equilibrio y el desarrollo armónico y plural que es nota, en cambio, de dos de sus cimas: Alfonso Reyes y Octavio Paz. En la valoración de las realizaciones particulares de la crítica literaria mexicana, los críticos actuales, en su gran mayoría, coinciden en señalar la figura y las obras del segundo como el norte y la llave: formador, como Reyes, de los lectores y críticos de las generaciones recientes, pero también autor de los textos más influyentes de la actualidad. *Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe*: la obra maestra de la crítica moderna en México. Paz encarna el ideal del crítico en nuestro ambiente: el ensayista, es decir, no el sistema y el método y sus trazos rectilíneos de conceptos y conocimientos sino el intrincado dibujo de una red de vasos comunicantes por donde fluyen las ideas. La inteligencia aliada a la imaginación y el placer en vez de la ciencia que petrifica y disuade de la lectura. Pero no se ha visto con claridad qué ese ensayista nos ha hablado incesantemente de libros y autores, de sus hallazgos y preferencias y aun de sus impresiones, no sin fundar categorías estéticas y herramientas de análisis o sin dialogar con la ciencia, la filosofía y las disciplinas de los estudios literarios. Falta de sistema no equivale a falta de rigor. El "poder estético" de Paz, infortunadamente, ha



Carlos Monsiváis

sido emulado con mayor frecuencia que su rigor estético.

En las personas de Xavier Villaurrutia y Jorge Cuesta se reconoce la presencia de los Contemporáneos en el panorama de la crítica mexicana, como en las de Reyes, José Vasconcelos, Pedro Henríquez Ureña y Martín Luis Guzmán la de los ateneístas. Y junto a estas menciones obligadas, las de figuras de las generaciones pasadas y presentes cuya obra es referencia viva para la producción de la nueva crítica: Carlos González Peña, Francisco Monterde, José Luis Martínez, Antonio Alatorre, Emmanuel Carballo, Tomás Segovia, Ramón Xirau, Gabriel Zaid, Sergio Fernández, Juan García Ponce, José Emilio Pacheco y Carlos Monsiváis. Algunas omisiones extrañas: Alí Chumacero, Porfirio Martínez Pañaloza, Huberto Batis...

Por otro lado, en la manifestación de sus influencias aceptadas, los críticos confirman su eclecticismo. Se reconocen devotos, a un tiempo, de Sartre, Barthes, Bégúin, Borges, Goldmann: adhesión a las grandes obras —a todo "buen estudio crítico", diría Alatorre— más que a las ideologías o a las escuelas. Hacen, así, un inventario de las personalidades de la crítica moderna, no de sus movimientos o tendencias.

Si tanto revelan las autoexposiciones de los críticos, ¿por qué una visión objetiva de la crítica mexicana de los últimos veinte años apenas se ha insinuado? En esencia, por dos motivos: el acervo de estudios literarios recientes no ha sido aún analizado —¿ha sido bien leído?— y no se ha querido discernir, en él, qué es la crítica literaria. No es dable, entonces, sino anticipar primero impresiones, y las primeras impresiones acostumbran ser erráticas. Según unos, la crítica reciente se ha

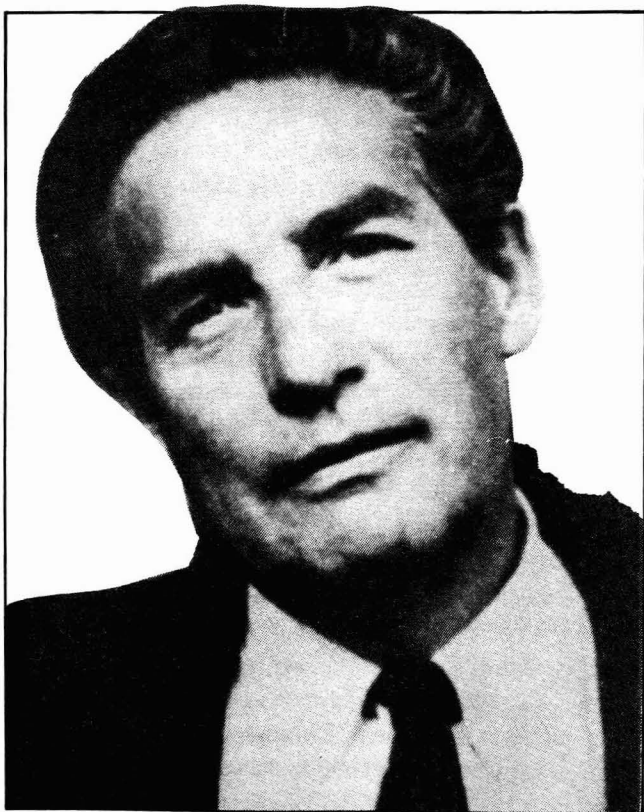
caracterizado por su multiplicación y abundancia, no ajenas a una calidad creciente; según otros, por su debilidad y estancamiento, no menos que por su proverbial improvisación y su dependencia de la política literaria. Algunos destacan el abandono de las descripciones impresionistas y el paso a una actitud profesional, de rigor sistemático, donde se explaya el crítico formado académicamente y las modalidades universitarias de la crítica rinde frutos; otros, la retirada y la quiebra de la crítica científica académica. Unos hablan de la especialización ocurrida en los últimos años; otros, de la apertura, la diversificación y el cruce de disciplinas. Se ofrecieron casi tantas versiones sobre lo sucedido en la crítica mexicana de estas dos décadas como críticos respondiendo el cuestionario. ¿A quién dar la razón?

Un examen detenido de la bibliografía discutida procuraría, en su momento, volumen y detalle a las verdades intuitas pero no demostradas y despejaría las confusiones, como indican las acotaciones que hacen a sus respuestas Federico Patán y Helena Beristáin. Está en cuestión no sólo la necesidad de elucidar ese pasado inmediato sino el de la crítica mexicana en su conjunto: la falta de nociones y criterios para analizar el presente evidencia el escaso estudio de los periodos anteriores. No se ha escrito la historia de la crítica mexicana ni extendido o forjado en México los rudimentos de la teoría crítica. El trabajo conceptual indispensable para esos análisis está por hacerse. Despunta en algunos estudios aislados que merecen ser consultados pero no es todavía del dominio público ni siquiera en nuestra república literaria. ¿Es posible llamar "crítica literaria" a la *Historia de la literatura mexicana* de González Peña, a *El arco y la lira* de Octavio Paz, al *Diccionario de retórica y poética* de Helena Beristáin, a *El deslinde* de Alfonso Reyes y al *Diccionario de escritores mexicanos*? ¿Son crítica la

gramática, la lingüística, la retórica, la poética, la historia y la erudición literaria, la biografía, la bibliografía?

Mientras priva en la literatura mexicana una conciencia muy aguda, a veces excesiva, de la diferencia y los límites entre las zonas, los quehaceres, las formas y los géneros literarios, al punto de concebirlos como universos particulares e incommunicados, y rara vez se habla de ellos en conjunto —la poesía, el cuento, la novela, el teatro, y aun en su interior subgéneros o especialidades—, los estudios literarios son burda y generalmente vistos como expresiones diversas de la "crítica literaria". Si crítica literaria es el conjunto de los estudios literarios, ¿cómo ponderar sus alcances, su naturaleza, sus manifestaciones, sin hacerlo a partir de una visión de cada disciplina, de un deslinde de esos terrenos hasta hoy abruptos y de fronteras indefinidas? Carece de sentido hablar de la crítica —los estudios literarios— en conjunto, cuando sabemos que disciplinas como la historia, la bibliografía o la biografía evolucionan por separado y sus intercambios son independientes de sus desarrollos. Toda aproximación real a la "crítica mexicana" debe seguir, entonces, a una exploración en este sentido.

¿Hace falta recordar que "Literatura: Creación y Crítica" se propone únicamente un examen a partir de puntos de vista personales y que sólo representa, no obstante el considerable e indicativo número de autores consultados, una muestra de posiciones entre las muchas que confluyen en la crítica mexicana? Su aportación consiste, de este modo, en revelar la pluralidad de la crítica actual, en sus propósitos y en una imagen personal de sus realizaciones y sus tentativas. Habla de cómo ha sido leída la crítica mexicana y anuncia su curso próximo. Es, a un tiempo, la autocrítica y la crítica de la crítica que proponen las primeras tareas para su interpretación. ◇



Octavio Paz



Antonio Alatorre